

mas sus sofismas y cavilaciones : *numquid et vos vultis discipuli ejus fieri?* (1).

Así responde el justo, que convencido por una feliz experiencia de que sin la virtud todo es miseria, y estimulado de su caridad anhela que sean todos felices como él, que todos participen de su felicidad; olvida, á imitacion de su celestial Maestro, la indignidad de sus enemigos; disculpa su conducta, los llama, se afana por atraerlos al conocimiento de la verdad. Si intentan confundirle representándole sus defectos : *in peccatis natus es* (2) : se humilla, mas no desiste, porque sabe que no es posible alcanzar la perfeccion en esta vida; y recuerda con una especie de consuelo que tambien nacieron como él en pecado los Davides, los Pedros, las Magdalenas, los Agustinos, quienes á pesar de eso se ven ahora libres de la miseria que por su estado merecian. Si le separan enfurecidos de su presencia, si le expelen de su sociedad, si emprenden su persecucion, si maquinan su muerte, oh! entónces es cuando el Señor perfecciona su obra; entónces hace que gocen sus ojos el lleno de la luz; entónces, sacándole del confuso tropel del mundo y de la compañía de los pecadores, le descubre su gloria, aquella gloria que tiene escondida á los mundanos, porque no son dignos de verla : entónces dispone que se acabe de alzar el velo, que desaparezca la oscuridad de los misterios; que al desprecio con que le trataban los pecadores, suceda el honor de los bienaventurados, á las maldiciones de los hombres las alabanzas de los ángeles, á la persecucion del mundo la tranquilidad del cielo, al odio de las criaturas toda la efusion de la inmensa caridad del Criador.

(1) *Joann. c. 9. v. 27.* (2) *Ibid. v. 24.*

SERMON.

SIN RENUNCIAR AL MUNDO, NO SE PUEDE HACER VERDADERA PENITENCIA.

PARA EL JUÉVES DE LA DOMINICA CUARTA
DE CUARESMA (1).

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Jesus vidit hominem cæcum à nativitate... et dixit ei : Vade, lava in natatoria siloë... Abiit ergo, et lavit, et venit videns.

Vió Jesucristo á un ciego de nacimiento..., y le dijo : vé y lávate en las aguas de Siloé... Fué pues, y se lavó, y volvió con vista.

S. Juan, c. 9. v. 1 y 7.

¿Quién nos obliga ahora, cristianos, quién nos obliga á examinar las cualidades personales de este ciego, de quien nos habla el amado evangelista? ¿Qué necesidad tenemos ahora de inquirir, ni cuál fué su patria, ni quiénes sus padres, ni si este fué precisamente aquel ciego, á quien se llamaba Celedonio, ni en fin, si aquella ceguedad de nacimiento se debia reputar precisamente, como un castigo de su culpa original ó personal, ó si podia provenir de algun pecado ajeno? Como quiera que esto sea, lo cierto y lo que ahora nos importa conocer es, que este ciego del Evangelio, sirvió en el tiempo de Jesucristo á la gloria de Dios, contra los insultos de la incredulidad y la malicia de los impíos fariseos; y que en esta misma tarde ha de servir á los intereses y el honor de la santa penitencia, contra la ceguedad y disipacion de tantos cristianos, como hoy vemos,

(1) En la pág. 255 del tomo cuarto de los sermones de *Mision* se halla uno para este dia, sobre la inmortalidad del alma.

seducidos con las máximas del mundo y sus delicias. Yo bien sé que en este gran mundo, ciego idólatra de la diversion y los placeres, teatro perpetuo de la agitacion y la inquietud; teatro donde desconocidas las delicias del recogimiento, y la silenciosa austeridad de la santa penitencia, no se da cuartel sino á la gritería desentonada y á la turbulenta conmocion de las pasiones; yo bien sé, digo, que este mundo y sus ciegos adoradores, se han de resentir al golpe y al esplendor de unas verdades, que van á herir é incomodar muy vivamente sus ojos débiles y enfermos. Mas que importa? Á pesar de su ridícula vanidad y su delicadeza, á pesar de sus incesantes quejas y clamores, es menester iluminarle en este punto capital del cristianismo; es menester correr el velo á los criminales engaños, que padece en materia de mortificacion y penitencia; es preciso en fin obligarle á mirar atentamente la misteriosa economía y aparato, que el Salvador del mundo quiso emplear en la curacion milagrosa de este hombre, que hoy nos presenta el Evangelio. No os diré yo todos los grandes designios del Señor en esta operacion tan admirable; pero bien os puedo asegurar con el Padre san Ambrosio, que uno de los designios mas notables ha sido el hacer de este hombre un modelo cabal de penitentes verdaderos; es decir, un modelo donde los hijos de Adan, ciegos y deslumbrados desde la culpa primera de sus padres, aprendiesen á lavarse de sus vicios, y á curar las tinieblas y la ceguedad del corazon de un modo efectivo y competente. ¿Qué os parece pues que haría el Señor con aquel ciego? ¿Pensáis que se sirvió, como podia, de aromas suaves ó de bálsamos peregrinos y preciosos? ¿ó que le aplicó olorosos unguentos, aguas costosas, licores exquisitos? ¿Pensáis que le mandará quedar en medio de la corte de Jerusalem, ó que en caso de enviarle á algunas aguas, le dejará ir á lavarse á las piscinas, que estaban en el centro de aquella vastísima ciudad? No por cierto, oyentes míos, no por cierto. El Señor, dice mi angélico doctor santo Tomas, el Señor, despues de haber frotado bien los ojos de aquel hombre con una porcion de barro áspero, molesto y desabrido para ellos, le intima el que salga presuroso de aquel pueblo; y que precisamente vaya á lavarse en las aguas de Siloé, piscina bastante retirada y escondida, cuyas corrientes dice el profeta Isaías, derivadas de la fuente de David, se van deslizando por la falda del monte Sion, no con tur-

bulencia y rapidez, no con precipitacion y con estruendo, sino con una suave y silenciosa gravedad, con un murmullo lento y sosegado.

¿Qué es esto, católicos, qué es esto, vuelve á exclamar el Padre san Ambrosio? ¿Qué es esto sino condenar el Señor expresamente todos esos lenitivos que suavizan, todos esos pretextos que relajan la austeridad esencial de la santa penitencia? ¿Á qué fin este aparato misterioso, sino para enseñar á ese mundo ciego, que la penitencia no se hace en medio del siglo y sus delicias, ni entre el bullicio ni el estruendo de sus concursos y pompas seculares? ¿Á qué fin, sino para intimarnos altamente que una penitencia sin mortificacion y sin retiro, léjos de ser penitencia cristiana y verdadera, es mas bien un vano fantasma y un engaño?

Por eso la Iglesia, condolidada siempre de la ceguedad deplorable de tantos hijos suyos, parece que redobra en esta estacion santa sus esfuerzos, á fin de inspirarles suavemente un espíritu de recogimiento interior y de retiro, un espíritu de mortificacion y de abstinencia. No hay que extrañarlo: ella sabe muy bien, que la virtud de la santa penitencia, es una especie de planta muy preciosa, que solo prevalece en el centro de la soledad, solo se nutre al riego de la mortificacion y la abstinencia, y solamente florece y fructifica á la sombra apacible de la contemplacion y del silencio. Sabe igualmente, que la santa penitencia es aquella fuente saludable, semejante á la otra piscina misteriosa, cuyas aguas cristalinas no corren por las playas floridas y engañosas de la Babilonia del mundo y de las cortes, sino por la falda silenciosa de Sion, ó los valles solitarios y sombríos de la austeridad y los rigores. Deseosa pues la Iglesia de llevarnos á las aguas de esta piscina saludable, ¿qué habia de hacer sino imponernos con una prudente severidad el yugo de la mortificacion y la abstinencia, durante á lo ménos el espacio de esta santa cuarentena del ayuno? ¿Qué habia de hacer sino apartarnos con un divorcio eterno de los concursos del siglo y de sus placeres? De otra suerte, ¿cuándo nos llegaríamos á purificar en las aguas de una penitencia verdadera? ¿cuándo llegaríamos jamas á producir frutos dignos de penitencia y conversion?

¿Qué queréis, segun esto, que digamos de esos hombres distraídos, de esas mujeres disipadas, que van prosiguiendo con

los mismos desahogos, con las mismas libertades, el mismo tráfico, la misma inquietud; no digo yo en el discurso de alguna semana ó mes del año, ni en el discurso de algunas estaciones, sino en el discurso de esta santa cuarentena, en el discurso de la misma semana de los misterios mas sublimes, y lo que es mas, en el discurso entero de su vida? ¿Diremos que han entendido alguna vez lo que es verdadera compuncion? ¿Diremos que su mortificacion, sus abstinencias, sus obras de piedad, sus confesiones (si es que acaso saben ó practican algo de esto) están animadas de aquel espíritu de compuncion, que la Iglesia tan cuidadosamente nos encarga, y que es el espíritu esencial de la penitencia verdadera? No, cristianos, no. Desengañaos de una vez: ni tales ayunos, ni tales penitencias, ni tales conversiones valen nada. Pues qué queriais? ¿Ser hombres del gran mundo, gentes de conveniencias y regalos, personas de teatro, de tertulias y cortejos, y en medio de este círculo de abominacion y de impiedad, ser unos hombres penitentes y unos hombres mortificados todavía? ¡Error grosero, espantosa ceguedad! que va á ser el asunto de mi discurso en esta tarde. Porque, señores, yo os aseguro delante de este Dios y á la faz de sus altares, que si no os retiráis de todas las disipaciones y concursos profanos, si no os entregáis en los brazos de una severa austeridad y de un rigor mortificante; si no os desprendéis del regazo delincuente de esa condescendencia sensual, en que vivís, contentando á vuestros antojos y apetitos, (tenédlo así entendido) ni la habéis hecho, ni la haréis jamas una verdadera penitencia. En vano fingiréis que os habéis lavado en las aguas saludables de esta piscina misteriosa y retirada; todos quedaréis tan ciegos como ántes, y ni vuestros ayunos, ni vuestra mortificacion, ni vuestras confesiones tendrán jamas en el tribunal de Dios, el mérito ni la recompensa de una penitencia legítima y cristiana. Esto es lo único que yo espero haceros ver en esta tarde, si aquel gran Dios, que es el dueño de las luces y la gracia, se digna condescender con nuestras súplicas, y concederme sus auxilios por la mediacion poderosa de la Virgen. *Ave María.*

Quando yo os voy á hablar de la penitencia verdadera, no penséis que voy á combatir la hipocresía. No es solo este vicio

infame, el que puede formar penitentes contrahechos y fingidos: la vida relajada ha formado y forma tambien muchísimos falsos penitentes de esta especie. Es verdad que en el regazo mismo de la Iglesia se han dejado ver en diferentes ocasiones hombres tan desdichados y execrables, que se han atrevido á escalar el monte santo de la penitencia, á fin de sorprender la admiracion estúpida del vulgo, y presentar desde allí á los ojos de la multitud inadvertida el espectáculo de la ilusion y el fanatismo; pero tambien es constante, que esta casta de penitentes enmascarados y fingidos no es demasiado fecunda en nuestros dias; y por la misericordia del Señor confío que en mi auditorio nadie habrá de un alma tan vil, que la haya vendido al público por el ridículo interes de un aplauso miserable. Todos pues me debéis el concepto ventajoso y bien fundado, de que la hipocresía no tiene parte alguna en vuestras penitencias, y por lo mismo tampoco ella la debe tener en mi discurso. ¿Mas qué importa, si por otra parte tenemos á la vista una multitud de falsos penitentes, una turba numerosa de hombres y mujeres del gran mundo, que reciben la santa penitencia, sin dejar de vivir atolondrados y aturdidos, que no saben salir del tumulto del siglo y sus delicias?

¿Queréis saber, católicos, quién es el cristiano que se aflige y mortifica por un espíritu de penitencia verdadera? Pues mirad; ese es un hombre pensativo y atento á las cosas de su alma; un hombre que, léjos de salir á esparcirse con diversiones y objetos placenteros, esconde su alma bajo de la sombra silenciosa del ayuno, como decia el real Profeta, y recogido dentro de sí mismo, se ocupa en dar ensanches á la fuerza de su dolorosa contricion; es un hombre que disgustado del aturdimiento del mundo, busca los lugares solitarios para hartarse de llorar por sus delitos, y se vale de las tinieblas de la noche para implorar, como Moises, el perdon con los brazos levantados hácia el cielo. Un hombre que, léjos de apetecer el deleite y la delicadeza en las comidas, no hay bocado de pan que no lo interrumpa con sollozos, y que como pan de dolor no lo humedezca ántes con sus lágrimas; y es en fin un hombre que, léjos de pensar en concursos y recreos peligrosos, huye, se niega, se escasea, segun el Padre san Gregorio, aún á los placeres mas inocentes y sencillos; y semejante á aquellas aves solitarias, que nunca salen de entre el horror de los desiertos, no encuentra

su ánimo contrito otras delicias, que las de la meditación y las del llanto en las amarguras del silencio. Ved ahí el retrato que han hecho de un alma penitente los santos y Padres de la Iglesia; y si consultáis al santo Concilio tridentino, os lo dará mas compendioso en dos palabras, haciéndoos entender, que la penitencia verdadera es una especie de bautismo laborioso, una piscina silenciosa y retirada, donde nadie se limpia de la mancha de sus culpas, sino al golpe de grandes trabajos, de grandes aflicciones, de grandes lamentos y gemidos.

Hijos de la Iglesia, oíd á vuestra madre, y ved lo que ella os propone como el único medio. ¿Pues qué queréis, dice el Padre san Ambrosio, que la santa penitencia se hiciera compañera de vuestras profusiones y delicias, de vuestros entretenimientos y locuras? ¿Qué, queriais que esta santa virtud tambien os fuese acompañando á los teatros, á los paseos y á los bailes, á las músicas profanas y á los juegos? ¿Qué, queriais hacerla sentarse con vosotros en esas mesas de la esplendidez y de la gula; en medio del lujo y del estrado, al lado de la moda y del cortejo; en esas casas de diversiones y negocios? ¡Horrenda ilusion, monstruoso engaño! No, señores míos; ni la santa penitencia ni las almas con quienes ella comunica, jamas se asocian con gentes de fausto y vanidad, jamas viven á expensas de la conveniencia y los placeres, jamas se hospedan en casas de disipacion y de tumulto. Estas almas contritas, compañeras inseparables de la santa Esposa del Señor, van con ella á esconderse al centro solitario de los montes; porque penetrado su corazon de un dolor amante, no hallan consuelo entre los concursos de los hombres, y su contricion misma las arrastra hácia el retiro de los campos; por eso el Esposo divino, bien seguro del genio solitario de su penitente enamorado, y del de sus amables compañeras, no las va á buscar á las risueñas praderías, ni tampoco á los públicos paseos y teatros, sino á la cumbre silenciosa de los montes y en medio de las rocas escarpadas, donde hacen mansion las mismas fieras.

Esta ha sido siempre la conducta del Señor, cuando ha querido imprimir el espíritu de compuncion en un alma distraída. Desde luego la arranca del tumulto del siglo, la lleva, dice un profeta, al secreto de una retirada soledad, y allí hablándole á su herido corazon, la hace prorumpir en tristes cánticos de arrepentimiento y penitencia. Desde Adan y Eva, que fueron los

primeros penitentes y tambien los primeros pecadores, no le veréis al Señor observar jamas otra conducta. Todos sabéis que ellos pecaron en el Paraíso terrenal; pero el Señor por una amorosa providencia resolvió perdonarles su pecado, y preparó tambien los medios para que hiciesen digna penitencia de su culpa. Por eso no les permite ya vivir en el recinto de aquella estancia deliciosa, los destierra al país del dolor y la amargura, á este valle de lágrimas, á donde los envía vestidos, no mas que de un ropaje oscuro y penitente. ¿Qué es esto, exclama aquí admirado el Padre san Juan Crisóstomo? ¿Qué es esto sino ponernos á la vista, y en un ejemplar de nuestra misma especie, el primer espectáculo de la santa penitencia, y un modelo palpable de la expiacion de los delitos? En efecto, prosigue el mismo Padre, Eva y Adan despues de la confesion de su pecado, desterrados de aquel sitio delicioso, y cubiertos, no con finas holandas, no con sedas, tisúes preciosos de oro y plata, sino con unas pieles toscas y groseras, son la imágen mas viva de la austeridad y del retiro, en que se va á sepultar un alma penitente, para satisfacer por sus pecados. Ella no se contenta con una confesion exacta de las culpas; pronuncia ademas de esto contra sí misma una sentencia severa de retiro y de destierro, de llanto y mortificacion del ánimo, de humildad y modestia en el vestido. Conoce que un vestido precioso, ó es una señal honrosa del candor de un ánimo inocente, ó una prueba visible de la vanidad de un espíritu soberbio; y un alma penitente tan distante está de fingir virtudes, como de agravar con la soberbia sus pecados. Solo le parece justo, vivir ocupada en los humildes oficios de la santa penitencia; quiere vivir solamente para ir presentando á Dios en el retiro del silencio, el espectáculo del dolor, y edificar al público con el de la mortificacion y la modestia.

¿Qué diremos ahora de los cristianos de estos tiempos y de esas grandes mujeres de este siglo? Yo aquí me pasmo y me confundo, católicos, porque cuando veo de la suerte con que Dios ha tratado por una culpa sola á nuestros primeros padres; cuando veo que la primera mujer del mundo, la mas grande, la mas ilustre, la mas delicada y mas hermosa es condenada duramente á vivir en los países del dolor y del trabajo, y á ser vestida de un traje tan humilde y tan honesto; no encuentro arbitrio para conciliar el rigor de esta primera penitencia con

las penitencias de tantos hombres y de tantas mujeres, que despues de una multitud enorme de excesos y pecados, ni piensan ni quieren ocuparse sino en partidas de diversion y pasatiempos, en vanidades y locuras; y que si por un sabio confesor se las quiere obligar á una vida cristiana y penitente, á una vida de recogimiento y oracion, á una vida juiciosa y racional; se enojan, se irritan, murmuran y aún blasfeman: yo vuelvo á decir no encuentro qué responder, sino una de dos: ó que aquella penitencia impuesta por Dios á nuestros padres fué cruel, imprudente y excesiva, ó que en esas gentes del gran mundo ya no hay ni aún sombra ni vestigio de lo que es penitencia verdadera. Pero vosotros mismos conocéis, que es preciso sea lo segundo, pues seria horror pensar en lo primero. Muy léjos de que el Señor hubiese llegado al extremo de una severidad grande y excesiva, es notorio que aquella primera penitencia ha sido la obra de la misericordia del Señor, y el primer ejemplar á que han salido despues conformes todos los penitentes verdaderos. No hallaréis uno siquiera, en todos los fastos sagrados de la Iglesia, que haya desmentido esta conducta. Todos los hijos de la Iglesia militante se han criado siempre con aquel mismo espíritu de recogimiento y de abstinencia, de mortificacion y de retiro.

Os pasmaria á la verdad, oyentes míos, si trasformándose mi lengua en un diestro pincel, acertase á dibujaros el retrato cabal de las primeras penitencias, las de aquellos tiempos venturosos de la Iglesia. Qué penitentes y qué penitencias! Abstiniencias rigurosas. ayunos casi perpetuos, largas vigiliias, trabajo continuo, pan y agua por comida, ignominiosa y prolongada denegacion de sacramentos, humillaciones públicas y á la puerta de la iglesia, ved ahí la frecuente materia de sus ocupaciones y ejercicios: vestido pobre, y aún mortificante, el tosco sacco y áspero cilicio, la cabeza cubierta, no de polvos y ungüentos olorosos, no de rizos y de plumajes costosos y soberbios, sino de los tristes polvos de una funesta y melancólica ceniza; ved ahí todo su adorno exterior y su aparato. Rocas escarpadas, cavernas profundas, grutas espantosas, mas que para vivir, para enterrarse, una pobre estera, y las mas de las veces la tierra desnuda, si habian de tomar algun descanso, ved ahí todas sus habitaciones y sus muebles. Las injurias del tiempo, los calores sufocantes del estío, los frios rigorosos del invierno,

enfermedades del cuerpo, mortificacion de todas las pasiones, muerte de sí mismo; ved ahí toda su comodidad y conveniencia. Todo esto acompañado de una oracion larga y fervorosa, todo esto sostenido de un silencio profundo y de una inviolable soledad, todo esto continuado sin la menor interrupcion hasta el último aliento de la vida; ved ahí un diseño, aunque oscuro y compendioso, pero fiel de las penitencias y de los penitentes de los primeros siglos de la Iglesia.

Juzgád ahora la inmensa distancia de aquellos siglos y del nuestro. ¿No parece que cuando desaparecieron aquellos siglos afortunados y benditos, desapareció con ellos la imágen de la verdadera penitencia? Allí las lágrimas y la soledad hacian crecer la compuncion; acá la vemos agostada y marchita casi en el momento que comienza á florecer, porque se la expone temerariamente al aire contagioso y ardiente de este mundo: allí reinaban la mortificacion, el recogimiento y la abstinencia; acá en lugar del dolor y del retiro, dominan generalmente el bullicio, los regalos y el estruendo. Hombres distraídos, mujeres disipadas, ¿creéis en medio de esto, que el espíritu de penitencia es el espíritu que anima y vivifica vuestras confesiones? ó lastimosa decadencia de la fe! ¡ó increíble ceguedad del siglo en que vivimos!

Vosotros, penitentes habitadores del desierto, desamparád por un instante el espantoso horror de vuestras soledades, y venid á deponer contra esta generacion tan engañada que piensa nivelar, y aún exceder el mérito y el premio de vuestras rigurosas penitencias con las de su corazon tan disipado; venid, ó á lo ménos gritád desde el silencio de esas cavernas espantosas, y decidnos que la penitencia en medio de las diversiones profanas de las cortes, es un puro embuste, una ficcion y una apariencia; que esta santa virtud jamas quiso albergarse en el lisonjero país de los mundanos, y que fugitiva siempre del estrépito del mundo, solamente fija su morada en los desiertos. ¿No es esto lo que nos enseña el Monarca profeta y penitente, cuando fastidiado con un santo horror de la agitacion turbulenta de este siglo, deseaba tener alas de paloma para volar rápidamente á la calma tranquila del silencio? ¿No es esto igualmente lo que nos predica el grande Elías desde la cumbre silenciosa del Oreb? ¿Quién os parece que le impelió á aquella soledad, sino el estruendo disipador que habia en el siglo? Es

verdad que este gran profeta tenia enemigos poderosos en el mundo, y que la impía Jezabel, llevada del furor, le perseguia; pero entre tantos perseguidores y enemigos, el que Elías reputaba mas temible, no era el odio injusto de la reina, dice el Padre san Ambrosio, sino el comercio y trato con el siglo. ¿No es esto tambien lo mismo que clama el gran Bautista desde las ásperas montañas de Judea? ¿Qué otro impulso le trasportó á aquel sitio retirado, sino el genio solitario de la santa penitencia? Nació este grande hombre para dar al mundo entero el ejemplo y la instruccion de la penitencia verdadera; y aunque el clamor de su predicacion le podia hacer temer la venganza de la adúltera Herodías, no era el encono ó la furia de aquella princesa infame, lo que le inclinaba á la soledad de aquel desierto, sino la incompatibilidad de la santa penitencia con la disipacion y estruendo de este siglo. En fin ¿no es esta la enseñanza que quiso predicarnos con su ejemplo el Salvador del mundo, cuando se dejó guiar por un espíritu de penitencia á los desiertos? ¿Por qué os parece que se retiró á aquella desierta soledad precisamente en el tiempo en que iba á pasar allí la santa cuarentena del ayuno? ¿Por qué otra razon, sino para hacernos comprender, que el tiempo consagrado á la austeridad de la santa penitencia es forzosamente el tiempo de la oracion, del recogimiento y soledad? ¿Pueden ser mas decisivos todos estos poderosos ejemplares?

Sin embargo es bien que entendáis, que por medio de ellos no ha pretendido mi discurso arrancaros del mundo enteramente, para llevaros á encerrar en el centro de los montes: estos santos excesos ni á todos se mandan ni á todos son precisos; pero la instruccion que de ellos se deduce y que ha sido el objeto principal de mi oracion, á todos nos es indispensable. Porque á la verdad el retiro de estos grandes penitentes nos pone como de bulto delante de los ojos la necesidad de separarnos del mundo y sus disipaciones, para que recogida el alma dentro de sí misma, forme una especie de soledad, á donde pueda retirarse, dice el Padre san Gregorio. Si los solitarios hacian resonar este aire exterior con sus gemidos, nosotros en el silencio de nuestro corazon debemos rugir como el Profeta; si ellos á favor de su retiro explicaban su dolorosa contricion con demostraciones sangrientas en sus cuerpos, nosotros en el seno de nuestra voluntad tenemos un círculo bastante para ejercitarnos, ya que

no en acciones cruentas y sensibles, en tristes suspiros á lo ménos, y en aquella casta de movimientos dolorosos, que segun el Profeta despedazan al corazon arrepentido, sin que resuenen los golpes por defuera. De suerte, cristianos, que un penitente verdadero, hace de su corazon una silenciosa soledad, y estando en medio del mundo, y aún como Daniel en medio de la corte, vive semejante á un solitario, dice el Padre san Agustin. Si le llaman al mundo los negocios de esta vida, nunca se deja disipar, porque tarda poco en volverse á recoger; si la necesidad le saca á la vista de los hombres, no se detiene con ellos demasiado, los trata con celeridad y vuelve presuroso á su retiro; si en fin las obligaciones del estado ó del empleo, los respetos de la caridad ó la justicia le atan con el comercio y trato de la sociedad, no por eso se olvida de que su morada permanente la tiene siempre fija en la soledad de su conciencia. Ved ahí la conducta indispensable de un penitente que se halla en medio del siglo y de su trato; vedla ahí, esa es, y no hay que buscar otra: todo lo demas es una delincuente distraccion y un estorbo pernicioso para la verdadera penitencia.

¿Qué hacéis pues, hombres distraídos, mujeres disipadas, qué hacéis sin salir del centro del mundo y sus delicias? Mundanos, errantes, fugitivos de vosotros mismos, desertores de vuestras almas, ¿no es ya tiempo de pensar en un recogimiento saludable para santificar allí vuestra penitencia? Aún cuando no tuvierais esos grandes modelos penitentes, el del ciego del Evangelio retirado á lavarse en la piscina, el de Adan, el de Elías y el Bautista, retirados por un espíritu de penitencia á suspirar y gemir en las mas silenciosas soledades; el de la Esposa y alma santa; el de tantos ilustres solitarios, gimiendo, llorando, rugiendo entre las sombras funestas de los valles, entre el horror de las peñas y las rocas; aunque no tuvierais, digo, toda esa nube de testigos y de modelos penitentes, ¿no debería bastaros este preciosísimo ejemplar de la penitencia y de todas las virtudes? ¿No seria bastante el espectáculo de este gran Dios, capaz de imprimir sobre el bronce duro la compasion, el recogimiento y penitencia?

Mirád al Señor sobre ese patíbulo cruel, llagado, herido, ensangrentado; solo, triste y afligido, hecho el oprobio y la fábula del mundo, la víctima del rigor y del desconsuelo, aquí sobre esta cruz ignominiosa, clavado en estas escarpas desgarrantes;

aquí es donde está haciendo penitencia por nosotros, donde está llorando vuestras culpas y delitos; aquí es, mujeres locas, aquí es donde este buen Dios está pagando, en su cabeza taladrada de espinas penetrantes, la soberbia y vanidad de vuestras cabezas tan adornadas; aquí es, murmuradores y blasfemos, aquí es donde, enmudecida la dulzura de sus labios, yerta aquella lengua de vida y de salud, está pagando vuestras maldiciones, vuestros perjurios, vuestras liviandades, vuestras infamias y vuestras parlerías. Aquí es, lascivos y lascivas, aquí es, donde despedazadas estas carnes puras é inocentes, rasgadas las manos y los piés de la violencia y de la crueldad, está pagando la pena horrible de vuestras impurezas, de vuestros deleites asquerosos, de vuestros sucios tocamientos; y de todas las otras inmundicias, cuyos nombres no me atrevo á pronunciar, por no ofender, Dios mio, por no ofender con su pronunciacion la pureza virginal de vuestros castísimos oídos y la santidad de vuestro templo. Aquí, aquí tambien... pero ¿qué hay aquí en esta adorable humanidad, que hay aquí que no sufra, que no padezca, que no inspire, que no persuada, que no precise al silencio, al dolor, á la contricion y penitencia?

Mujeres sin juicio, hombres sin vergüenza, id ahora, en saliendo de este templo, id ahora á vuestras torpezas y delicias, á vuestras diversiones y cortejos, á vuestros adornos y locuras: id y dejádle penar solo á este Señor; id y dejádle apurar solo el cáliz de la penitencia y amargura; id y no os acordéis jamas de penitencia: id, y si acaso os parece poco todavía, venid á crucificarle nuevamente, y á renovar sobre este pacientísimo cordero, el mismo tropel de llagas y de injurias, los mismos dolores y tormentos. Qué hacéis, cristianos? ¿no hay alguno entre vosotros que se arreste á venir y ensangrentarse sobre nuestro amabilísimo Jesus? Para esto no tenéis valor? ¿y lo tenéis para volver á vuestros pasatiempos y delitos, á vuestra relajacion é impenitencia? Pues id desde luego; pero id advertidos, que desde esta cruz está clamando al cielo contra vuestro lujo, contra vuestras modas, contra vuestras disipaciones y delicias. ¿Lo habéis entendido ya, pecadores ciegos y obstinados, lo habéis entendido como este Señor clama desde aquí contra vosotros? Pues oíd ahora qué lenguaje es el que usa á favor de los verdaderos penitentes: oídle, pecadores contritos y humillados, oídle, que os habla al corazon, como al ciego feliz del

Evangelio. Alma cristiana, seas quien fueres, aún no ha llegado la noche funesta de la muerte, en la cual el pecador no puede arrepentirse, todavía el tiempo es oportuno para que acudas á la piscina de la santa penitencia: vé, y saliendo de tu antigua relajacion y vanidad, busca en la soledad de tu conciencia, las aguas saludables de una verdadera contricion, para lavarte de la mancha de tus culpas. Almas compungidas, ¿qué respondéis á este lenguaje amoroso del Señor? Pero, ó dulce Jesus mio! ¿qué habíamos de responder sino con las rodillas en tierra, con el llanto en los ojos, con el corazon contrito, *Señor mio Jesucristo etc.*